

Ruth Quiles Martínez

Vivencias y recuerdos



LETRAS DE AUTOR

© Ruth Quiles Martínez

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

Primera edición: agosto 2017

ISBN: 978-84-17101-45-9

Depósito Legal: M-23260-2017

P.V.P.: 9,50 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Índice

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I	
EL BOSQUE DEL OLVIDO, «ORIVS»	9
CAPÍTULO II	
ILUSIÓN EN NOCHEBUENA.....	31
CAPÍTULO III	
EL QUIJOTE DEL SIGLO xxi	39
CAPÍTULO IV	
RECUERDOS DE LA PROVINCIA DE ALICANTE.....	51
1. PRESENTACIÓN DE LA OBRA.....	51
2. POEMAS.....	52
3. MICRORRELATOS	55
4. CANCIONES.....	58
5. ORACIONES.....	61

INTRODUCCIÓN

Este libro es una exploración de mis vivencias y recuerdos. La obra consta de cuatro capítulos, de los cuales uno es un cuento de aventuras, en concreto, «El bosque del olvido, “Orius”». El segundo es un relato con un mensaje navideño, que se titula «Ilusión en Nochebuena».

A continuación, en el tercer capítulo, invito a los lectores a conocer al Quijote del siglo XXI en una novela corta. Por último, muestro a los lectores de mi libro, unos poemas y otros temas, donde se aprecia la idiosincrasia de la provincia de Alicante.

CAPÍTULO I

EL BOSQUE DEL OLVIDO, «ORIOUS»

*Esta obra se la dedico,
con especial cariño, a mi familia.*

Érase una vez una bonita historia de aventuras, que transcurrió en un hermoso lugar, y que comienza así.

Eran las tres de la tarde, según marcaban las agujas del reloj, Pedro preparaba el café y, tras mirar por la ventana, oyó un ruido, algo parecido a un animal. Pero cuanto más se oía el sonido, más evidente resultaba que se trataba de los pasos de un ser humano.

En aquella casa de la aldea de Villahermosa, no era extraño ver a esas horas a alguien llamando a la puerta. Esperaban a Iván para tomar café: «¡Toc, toc, toc!», sonó

la puerta. «¡Ya voy! ¡Hola, Iván!, ya tengo preparado el café». Junto a Pedro, estaba Teresa, una chica estupenda y muy querida en el lugar de Villahermosa. Cuando entró Iván en el interior de la cabaña donde vivían Pedro y Teresa, tomaron juntos café y dulces, como acostumbraban tomar en la sobremesa. Todos los chicos estaban de vacaciones y solían charlar de las experiencias vividas en la escuela, así como de sus vidas personales. Cuando Iván terminó el café, se despidió de los hermanos, con la usual cita en la fuente.

La fuente era un lugar de inspiración romana, y también servía como punto de encuentro de los habitantes del lugar. Los lugareños, cada día, merodeaban por dicha fuente. También se apreciaba el revoloteo de aves como: petirrojos de color naranja y verde, jilgueros, gorriones y otros pájaros que abundaban en el entorno rural de Villahermosa.

Otra característica del lugar era la interpretación de un actor en una obra de teatro; con él había una chica coqueta pero algo distraída en el *show*, pues se quedaba en silencio como si no supiese de qué trataba la actuación, algo parecido a un mimo.

Iván, fiel a la puntualidad de siempre, ya había acudido a la fuente y esperaba sentado en un banco. El chico se quedó mirando a aquel par de cómicos, pues las risas que más se oían en Villahermosa eran provocadas por el trabajo de aquella pareja de artistas. Era raro el día que Iván no se

sentara junto al banco situado cerca de la fuente después de tomar café con sus amigos.

Alrededor de las cuatro de la tarde, tanto Teresa como Pedro se reunían con Iván en la zona para pasar la tarde y charlar acerca de los nuevos planes estudiantiles.

Villahermosa era un espacio distinto, era una aldea; y si la fuente era un sitio donde pasar las tardes, el bar Oasis era otro lugar al que la gente iba a levantar el ánimo por la mañana, a tomar un desayuno o el almuerzo preparado por los propietarios de dicho local. Más allá de los lugares nombrados existían: una herboristería, *souvenirs*, una iglesia y algún que otro establecimiento para satisfacer las necesidades comunes de los aldeanos.

El lugar más cercano a Villahermosa era «Ciempiés», que se llamaba así porque durante cien años el número de habitantes que habitaba dicho lugar era de cien personas. Aunque había limitaciones para emprender en Villahermosa, el calor humano no faltaba, había vida y alegría en las miradas de la gente.

Teresa y Pedro eran hijos de unos comerciantes de frutos secos, ambos vivían cerca de la fuente y del bosque, lugar frecuentado por aquellos chicos. Esa misma tarde, después de quedar con Iván en la fuente, todos juntos fueron a merodear por el jardín prohibido: «El bosque del olvido», Orius, que se llamaba así por el desconocimiento de sus fronteras. Mientras caminaban por él, lo más hermoso que aparecía era una

gata muy linda llamada «Cleitos», a la que llevaban alimentos, para ella y sus crías, todas las tardes que visitaban el bosque.

Asimismo se divisaba el mar, a una distancia no superior a quinientos metros del bosque del olvido. Este bosque era algo inhóspito para los habitantes de Villahermosa; así y todo la gente lo frecuentaba, porque era un lugar de paso para ir a la playa y para llegar a ésta había que pasar por una arboleda de pinos, eucaliptos, alcornoques y robles.

La tarde que decidieron dar el paseo por el bosque, sobre las cuatro de la tarde, los muchachos observaron que el cielo se iba poniendo cada vez más gris; y de pronto se oyó un relámpago, y cuando comenzó a caer agua del cielo, Pedro gritó: «¡Aleluya! Ya era hora de ver llover en Villahermosa».

El verano en dicho lugar duraba cuatro meses; en octubre se conservaban las costumbres del verano debido a las altas temperaturas que indicaban los termómetros.

Y siguiendo la marcha por el bosque, Teresa exclamó: «¡Ay, me resbaló!». La tierra se hacía blanda con las gotas de la lluvia caída, y al pisar con el pie derecho, este se hundió en el fango, rozando las raíces de una seta roja con vetas blancas, y de pronto se oyó la queja de la seta: «¡Me haces daño, chata!». Teresa exclamó: «¡No lo puedo creer! ¿Es verdad lo que oigo o son fantasías mías? La seta que roza mi pie me ha hablado». «¡Venga ya!», contestó Pedro, «¿no tendrás el síndrome que tienen todos los paisanos y que consiste en descubrir vida en el bosque del olvido?».

«¡No, lo juro!», gritó de nuevo Teresa, corroborando lo que había visto con sus propios ojos.

Pedro e Iván preguntaron simultáneamente: «¿Dónde está la seta?». «¡Ahí, ahí, mirad mi piel!», contestó Teresa, y la vergüenza que sintió la seta al escuchar a los chicos hizo apagar su viveza, girándose hacia el lado izquierdo y cayendo al suelo. Mientras comentaban si la seta hablaba o no, siguió relampagueando, pero esta vez no llovió. Luego Teresa embarcó a los chicos diciéndoles: «Caminemos hasta encontrar nuevos espacios en el bosque Orius».

Hasta la fecha, todos los habitantes de Villahermosa que habían llegado a dicho lugar nunca habían rebasado la franja de peligro, ya que existía una leyenda que advertía del riesgo de acabar en zona de terremotos; pero, a pesar del consejo, los chicos lo tenían claro, sentían mucha curiosidad por explorar este bosque. Pedro preguntó en voz alta: «¿Qué habrá más allá de estas fronteras?». «No sé», respondió Teresa, «¡pero no perdamos más tiempo!», animó a los chicos, y siguieron caminando algo sedientos, pues se habían bebido ya el agua que guardaba Teresa en su macuto. De repente miraron hacia el cielo y vieron águilas de color azul brillante y con alas de color verde lima; estas rapaces volaban de forma veloz, se daban prisa, como si hubieran visto algo a lo que temer. También se movían los pinos y eucaliptos, dejaban de estar erguidos, como esperando que sucediera algo.